

www.elboomeran.com

H. P. Lovecraft
EL RESUCITADOR

TRADUCCIÓN DE JUAN CÁRDENAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Herbert West: Reanimator*

© de la traducción, Juan Cárdenas, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-86-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-I3-2014
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRIMERA PARTE
DESDE LA OSCURIDAD

Sobre Herbert West, que fue mi amigo en la universidad y en años posteriores, sólo puedo hablar con extremo horror. Este horror no se debe únicamente a la siniestra manera en que se produjo su reciente desaparición: en realidad fue engendrado por la naturaleza de toda su obra y adquirió su acuciante forma hace más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer curso de nuestros estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, en Arkham. Mientras estuvo junto a mí, la maravilla diabólica de sus experimentos me fascinó sobremanera, y en todo ese tiempo fui sin duda su compañero más cercano. Ahora que ha desaparecido y el hechizo parece haberse roto, el miedo no ha hecho más que crecer. Las posibilidades y los recuerdos son incluso más espantosos que la realidad.

El primer incidente aterrador de nuestra relación fue, sin duda, la conmoción más grande de mi vida hasta esa fecha y sólo puedo repetirla aquí tras vencer fuertes reticencias. Como ya he dicho, ocurrió cuando estábamos en la facultad de medicina, donde West ya había cobrado notoriedad por sus intrépidas teorías sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de sobreponerse a ella recurriendo a medios artificiales. Sus ideas, que fueron ridiculizadas hasta la extenuación por el profesorado y los demás estudiantes, se apoyaban en la naturaleza esencialmente mecanicista de la vida, y ello implicaba dar con los medios para operar la maquinaria orgánica del cuerpo a través de una calculada acción química efectuada tras el fallo de los procesos naturales. En estos experimentos con diversas soluciones reanimadoras, West había sacrificado y experimentado con una enorme cantidad de conejos, conejillos de indias, gatos, perros y monos, hasta el punto de convertirse en el mayor fastidio de toda la universidad. Lo cierto es que, en numerosas ocasiones, había obtenido algunas señales de vida en animales presuntamente muertos; en muchos casos, señales violentas. No obstante, pronto se dio cuenta de que la perfección de este proceso, si es que de hecho era posible, implicaría

por fuerza toda una vida de investigaciones. Igualmente, dado que las soluciones nunca funcionaban del mismo modo en especies orgánicas distintas, dedujo que necesitaría sujetos humanos para obtener avances nuevos y más especializados. Fue allí donde por primera vez entró en conflicto con las autoridades académicas, y sus experimentos fueron prohibidos nada menos que por el célebre decano de la facultad en persona, el sabio y benévolo doctor Allan Halsey, cuya obra en beneficio de los convalecientes es recordada por todos los antiguos residentes de Arkham.

Yo siempre me había mostrado excepcionalmente tolerante con las ambiciones de West, con quien a menudo discutía acerca de unas teorías cuyas ramificaciones y corolarios parecían infinitos. Sosteniendo con Haeckel que toda la vida es un proceso químico y físico, y que la mal llamada «alma» no es más que un mito, mi amigo creía que la resurrección artificial de los muertos sólo dependería del estado de los tejidos y que, a menos que tuviera lugar una descomposición en toda regla, un cadáver totalmente equipado con sus órganos podría, con los procedimientos adecuados, ser devuelto a ese peculiar estado al que llamamos vida.

West era plenamente consciente de que la vida psíquica o intelectual podría verse afectada por un ligero deterioro de las delicadas células cerebrales, algo que, incluso, un breve lapso de muerte bastaría para provocar. En un principio, tenía la esperanza de hallar una sustancia que restituyera la vitalidad antes de que acaeciera la muerte, y sólo tras repetidos fracasos con animales se había dado cuenta de que los principios naturales de la vida eran incompatibles con los artificiales. Luego procuró que sus especímenes fueran extremadamente frescos, inyectando sus soluciones en la sangre justo después de la defunción. Fue esta circunstancia lo que avivó el escepticismo de los profesores, pues estaban seguros de que la muerte no había tenido lugar de manera inequívoca. No se detuvieron a analizar el asunto con la atención y el raciocinio necesarios.

No fue mucho después de que la facultad interrumpiera sus trabajos cuando West me confió su decisión de conseguir cadáveres humanos frescos de alguna manera, a fin de continuar en secreto con los experimentos que ya no podía desarrollar abiertamente. Oírlo divagar sobre las posibles formas de conseguirlos era algo bastante tétrico, pues en la escuela de medicina nunca nos habíamos en-

cargado de conseguir especímenes anatómicos por nuestra cuenta. Si por alguna eventualidad la morgue no los proporcionaba, dos negros del pueblo se encargaban del asunto sin que nadie indagara mayor cosa.

West era entonces un joven con gafas, de baja estatura, esbelto y con rasgos delicados, rubio, los ojos de color azul pálido y una voz suave, así que resultaba siniestro oírlo sopesar los méritos relativos del Cementerio Cristiano y las fosas comunes. Al final optamos por las fosas comunes, ya que prácticamente todos los cuerpos del Cementerio Cristiano estaban embalsamados, algo que por supuesto constituía una adversidad para las investigaciones de West.

En aquel entonces yo actuaba como su asistente, siempre diligente y entusiasta, y lo ayudaba a tomar todas sus decisiones, no sólo en lo concerniente a la procedencia de los cuerpos, sino también a la hora de hallar un lugar adecuado para nuestro ignominioso trabajo. Fui yo quien pensó en la granja abandonada de los Chapman, más allá de Meadow Hill, en cuya planta baja instalamos una sala de operaciones y un laboratorio, cada espacio de trabajo cubierto con cortinas oscuras para ocultar nuestros quehaceres nocturnos. El sitio queda-

ba lejos de cualquier camino y no había ninguna otra casa en los alrededores, si bien las precauciones no estaban de más, pues los rumores acerca de unas extrañas luces, rumores propagados por ocasionales caminantes nocturnos, no tardarían en conducir nuestro proyecto hacia el desastre. Acordamos que, en caso de que nos descubrieran, diríamos que se trataba de un laboratorio químico. Poco a poco equipamos nuestra siniestra guarida científica con materiales que comprábamos en Boston o sacábamos a escondidas de la facultad –materiales cuidadosamente alterados para volverlos irreconocibles ante ojos inexpertos–. Asimismo tuvimos que hacernos con picos y palas para los numerosos enterramientos que debíamos realizar en el sótano de la casa. En la universidad usábamos un incinerador, pero el aparato era demasiado costoso para nuestro laboratorio secreto. Los cuerpos eran siempre un fastidio, incluso los cadáveres de los pequeños conejillos de indias que West usaba para sus experimentos casi clandestinos en su cuarto de la pensión estudiantil.

Estábamos pendientes del registro de decesos locales como dos demonios, pues nuestros especímenes debían tener unas cualidades particulares. Lo que necesitábamos eran cadáveres enterrados poco

después de morir y sin ningún tipo de profiláctico artificial; preferiblemente sin malformaciones congénitas y, desde luego, con todos sus órganos completos. De ahí que pusiéramos casi todas nuestras esperanzas en las víctimas de accidentes.

Pasaron varias semanas sin que tuviéramos noticias de algo apropiado para nuestros fines, por mucho que indagáramos con las autoridades del hospital o en la morgue, hablando siempre en nombre de la universidad para no levantar sospechas. Descubrimos que la facultad tenía prioridad en todos los casos, así que quizás tendríamos que quedarnos en Arkham durante el verano, cuando sólo se impartían unos pocos cursos. Sin embargo, la suerte acabó por sonreírnos, pues un buen día oímos hablar de un espécimen casi ideal en las fosas comunes, un joven trabajador mestizo que se había ahogado un día antes en el pantano Summer y había sido enterrado a expensas del ayuntamiento sin ninguna demora o embalsamamiento. Esa tarde encontramos la tumba nueva y resolvimos empezar a trabajar pasada la medianoche.

Fue una tarea repugnante la que emprendimos en la oscuridad de la madrugada, si bien entonces aún yo no sentía ese particular horror hacia los cemen-

terios que los acontecimientos posteriores suscitarían en mí. Llevamos palas y lámparas de aceite, pues aunque en aquella época ya se fabricaban las linternas eléctricas, éstas no eran tan eficaces como los artilugios de tungsteno que se usan hoy en día. El proceso de exhumación fue lento y sórdido –tal vez nos habría resultado macabro y poético si hubiéramos sido artistas en lugar de científicos–, de modo que nos alegramos cuando nuestras palas dieron con la madera. Una vez que el cajón de pino estuvo totalmente al descubierto, West bajó de un salto al agujero, levantó la tapa y procedió a extraer el contenido. Yo estiré los brazos para ayudar a sacar el cuerpo de la tumba y, luego, ambos nos esforzamos al máximo para devolver a aquel lugar su apariencia inicial.

La situación resultó muy tensa, en especial por la rígida figura y el semblante vacío de nuestro primer trofeo, pero al final conseguimos borrar hasta la última huella de nuestras acciones. Cuando terminamos de apisonar la tierra, metimos el cuerpo en un saco de lona y emprendimos el camino hacia la vieja granja Chapman, al otro lado de Meadow Hill.

Sobre una mesa de disección improvisada en la antigua casa, a la luz de una poderosa lámpara de acetileno, el espécimen ya no nos pareció tan espectral. Se trataba de un joven robusto y al parecer muy corto de mientes, con todas las trazas del tipo plebeyo, la frente amplia, los ojos grises y el pelo castaño, un animal simple y llano, carente de toda sutileza psicológica y, probablemente, dotado de unos procesos vitales de lo más elementales y saludables. Ahora, con los ojos cerrados, más parecía dormido que muerto; sin embargo, el experto escrutinio de mi amigo pronto despejó cualquier duda al respecto.

Por fin teníamos lo que West había deseado siempre, una persona muerta con las características ideales, lista para recibir la solución preparada según los cálculos y teorías más indicadas para el uso humano. Por nuestra parte, la excitación era mayúscula. Sabíamos que las posibilidades de obtener un triunfo definitivo eran escasas, y la sola probabilidad de que una reanimación parcial arrojara resultados grotescos nos hacía temblar de espanto. Nuestros temores más concretos residían en la mente y los impulsos de la criatura, dado que en el lapso posterior a la defunción algunas de las más delicadas células del cerebro podrían haberse deteriora-

do. En aquel entonces yo mismo albergaba ciertas nociones pintorescas acerca del «alma» humana y sentía una especie de temor reverencial ante los secretos que podría revelar alguien que hubiera regresado de la muerte. Me preguntaba qué visiones habría tenido aquel joven sencillo en las esferas inaccesibles y qué podría contarnos al respecto si lo grábamos devolverle la vida. No obstante, mi perplejidad no llegaba a sobrecogerme por completo, ya que predominaba en mí el materialismo que compartía con West. Él se mostraba aún más impasible mientras inyectaba una gran cantidad de fluidos en una vena de aquel cuerpo, antes de vendar la incisión con premura.

La espera resultó espantosa, pero West no titubeó en ningún momento. Cada cierto tiempo auscultaba al espécimen con su estetoscopio y soportaba los resultados negativos con actitud filosófica. Después de unos tres cuartos de hora sin percibir la más mínima señal de vida, West declaró con pesar que la solución no era la adecuada, pero resolvió que aprovecharía al máximo aquella oportunidad e intentaría modificar la fórmula antes de deshacerse de su abominable botín. Esa misma tarde habíamos cavado una tumba en el sótano y planeábamos usarla

antes del amanecer, pues aunque habíamos puesto una cerradura en la puerta de la casa, no queríamos correr el más mínimo riesgo de que se produjera algún espeluznante descubrimiento. Además, el cuerpo no estaría ni mucho menos lo bastante fresco a la noche siguiente. De modo que, llevándonos la única lámpara de acetileno al laboratorio contiguo, dejamos a nuestro silencioso huésped en medio de la oscuridad e invertimos todas nuestras energías en la elaboración de una nueva solución; West supervisó los pesos y medidas con una atención casi febril.

El terrible acontecimiento fue repentino y del todo inesperado. Yo me encontraba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro y West estaba ocupado frente a la lámpara de alcohol que hacía las veces de mechero Bunsen en aquel edificio sin gas, cuando desde la oscura habitación contigua brotó la sucesión de chillidos más escalofriante y demoníaca que jamás hubiéramos oído. No más inefable habría sido el caos de ruidos infernales si el mismísimo pozo de las almas se hubiera abierto para exhumar el sufrimiento de los condenados, pues en aquella inconcebible cacofonía parecía resumirse todo el terror supremo y la angustia sobrehumana de toda la

naturaleza animada. Aquello, sin duda, no podía ser humano –no era propio de ningún hombre producir semejantes sonidos–, y sin pararnos a pensar en nuestras recientes tareas o en su posible descubrimiento, tanto West como yo saltamos por la ventana más cercana como dos animales aterrados, tirando al suelo tubos, lámpara, retortas y corriendo al fin despavoridos bajo el abismo estelado de la noche rural.

Creo que gritamos a lo largo de todo el accidentado trayecto hasta el pueblo, y sin embargo, al acercarnos a los suburbios, adoptamos un semblante más contenido, lo justo para dar la impresión de que éramos dos trasnochados juerguistas que volvían a casa después de una noche de excesos.

No nos separamos, sino que logramos llegar a las habitaciones de West, donde cuchicheamos bajo la luz de gas hasta el amanecer. Para entonces ya nos habíamos calmado un poco recurriendo a algunas teorías racionales y a los planes de investigación, así que pudimos dormir durante el día –descartamos la idea de asistir a clases–.

Pero dos artículos publicados en el periódico de la tarde, dos eventos sin ninguna relación aparente entre sí, nos impidieron conciliar el sueño nue-

vamente. La vieja granja Chapman había ardido inexplicablemente hasta quedar reducida a un amorfo montón de cenizas, cosa que nos pareció comprensible a causa de la lámpara que tiramos al salir. Por otro lado, alguien había intentando profanar otra tumba en las fosas comunes, como si hubiera estado arañando inútilmente la tierra sin ayuda de una pala. Esto último no lo entendimos, pues habíamos apisonado el suelo con mucho cuidado.

Durante los siguientes diecisiete años, West viviría acosado por el ruido de unos pasos imaginarios que lo seguían.

Ahora West había desaparecido.